

que Khan-Minyeh. Los argumentos filológicos y arqueológicos, que suelen aducirse, no logran borrar esta impresión. La magnificencia de la Sinagoga, recientemente descubierta en Tell Hum, no es sino del siglo II o III después de Jesu-Cristo; y para probar que Tell Hum es Cafarnaúm, se habría de probar antes que la Sinagoga moderna estaba edificada sobre el mismo terreno de la antigua, y que esta antigua era la misma en que tantas veces predicó el Salvador; pero estas dos cosas ¿cómo se prueban?

No es, con todo, nuestro intento asentar una tesis ni formular un juicio definitivo: sólo deseamos proponer a los arqueólogos las indicaciones suministradas por los Evangelios, para que ellos sobre el terreno las verifiquen exactamente y nos den la solución deseada sobre la interesantísima cuestión de la «ciudad de Jesús».

Concluiremos con una observación, hecha sin el menor ánimo de lastimar. Mons. Gramatica su su *Atlas Geographiae Biblicae* (Bergomi, 1921), hoja o tabla VI, presenta la Palestina del tiempo de Jesu-Cristo y de los Apóstoles, donde además del mapa principal da una ampliación del Lago de Genesaret y sus contornos, y una reducción en que se señalan las principales vías de comunicación. Ahora bien, en el mapa mayor coloca a Cafarnaúm en Khan-Minyeh; en la ampliación, en Tell Hum; y en la reducción a lo que parece, en Kerazeh: por lo menos está aquí mal señalado, pues lo coloca al O. de la *via maris*, contra lo que se hace en la ampliación. Creemos que estas incoherencias o inexactitudes de ejecución no son imputables al autor del Atlas, tan recomendable por otra parte.

JOSÉ M. BOVER.

## EL PARAÍSO TERRENAL

Una decepción motiva esta breve Nota sobre la situación geográfica del Paraíso terrenal. Un libro escrito en 1924 con el pomposo título de *Descubrimiento del Paraíso*, debería, a mi juicio recoger algunos fundamentos geológicos y geográficos modernos con los cuales se fijase con verdadera probabilidad el emplazamiento del Paraíso. Pero nada menos que eso: fantasías y no más he hallado en el libro.

Pero es el caso que las escuelas racionalista y laica, tomando como argumento la imposibilidad de determinarse la posición geográfica del Paraíso, desechan como simbólicos y ficticios los primeros capítulos en que el autor inspirado nos enseña cuáles fueron los comienzos del género humano.

«Mucho se ha escrito, dice Murillo, S. J. (*El Génesis*, Roma 1914, pág. 273), sobre el tan debatido problema acerca de la situación geográfica del Paraíso»; y enumeradas varias opiniones ve como la menos difícil la de Pereira, que al fin y al cabo viene a colocar el Paraíso en el curso meridional o inferior de los dos grandes ríos de la Mesopotamia (pág. 280).

Vamos también nosotros a seguirla, fijándonos en el hundimiento

del golfo pérsico, que para nosotros es el accidente o trastorno geológico que prevén los críticos católicos haber ocurrido, en que se borrasen las huellas del Paraíso.

El golfo pérsico no es una depresión profunda relacionada con los pliegues de las grandes cordilleras de Persia y Arabia; esa depresión cae delante del estrecho de Ormuz; sino que es sencillamente una fosa de hundimiento muy reciente, es decir, cuaternario. Así lo indica la horizontalidad de los estratos, que no deja sospechar que fuera nacida la fosa por las depresiones laterales y empujes horizontales que trae la dislocación de las cordilleras, sino que es un sencillo hundimiento del terreno, bien obvio al ver su constitución blanda y la abundancia de las aguas que a esa región afluyen. Y con la alternativa propia de los fenómenos geológicos, al hundimiento sucedió la reconquista de la tierra que poco a poco va ganando terreno y entrando hacia el mar y rellenando el golfo.

Precisando más, según las ideas del célebre geólogo Suess, declaradas en varios capítulos de su gran obra *La Faz de la Tierra*, traducida ya al castellano, hubo sucesión de niveles en el golfo pérsico, y en época reciente. Sobre las margas yesíferas miocenas sobrevino una transgresión marina hacia el final del terciario, llegando las conchas marinas de especies vivientes a adosarse en capas de tierra adentro hasta 400 kilómetros, declinando sus lechos insensiblemente en el suelo aluvial fluvial. Retrocedió luego el mar durante el diluvium y en esa época colocamos la creación de Adán y su habitación en el Edén y Paraíso, situados en el mismo golfo, entonces tierra emergida y unida al continente. Después del pecado y del destierro del Paraíso sobrevino otra invasión marina menor, debida a segundo hundimiento del suelo, cuyos depósitos conchíferos suben hasta unos 6-8 metros sobre el nivel actual; desde entonces ha retrocedido algo el mar y se ha rellenado el golfo con islas y arrastres del material de los ríos. Unos bancos de coral se atribuyen a esta segunda transgresión marina.

En ninguna parte, y menos en la septentrional, es profundo el nivel del golfo; nunca llega a medir 100 metros de profundidad, ni siquiera cerca del estrecho. Su longitud total, medida entre la costa de Omán y la desembocadura del Basrah, es de unas 450 millas marinas; su anchura, variable, es de 100 millas entre Raz Rakkin y Raz Mutaf, y de 180 millas entre la costa de Lar y Subakha. El estrecho de Ormuz abre una entrada mínima de 29 millas, contadas entre Raz Musandam y la costa opuesta. La superficie total es, según Morgan, de quien tomamos todos estos datos, como de 70.000 millas cuadradas. (*Mission scientifique en Perse*, t. 2; París, 1895.)

Tal superficie ¿no es más que suficiente para que constituyera el Edén, regado por el río a que afluyeran los cuatro que desembocan en el golfo? Un río central cruzaría a lo largo la faja de tierra que hoy es golfo y habría en ella una región especialmente regada por las aguas, haciendo de esa región el jardín del Paraíso terrenal. A la salida del Edén, aguas arriba y no aguas abajo, y en lo que hoy es la parte septentrional del golfo, salían sucesivamente, o confluían, cuatro ríos como cuatro brazos.

Primeramente el Ermek o Rummah, que si hoy es un wadi más

que río, es decir, un cauce donde corren las aguas en la época de las lluvias, y seco en el verano, en el período diluvial en que vivían Adán, y aun en los siglos de Moisés, debía ser río, pues la vegetación era exuberante, las lluvias eran mucho más copiosas y continuas, y el régimen y área del desierto era menor. Ese río o wadi atraviesa de oriente a occidente la Arabia, que es la región aludida por Moisés, cuando la caracteriza por la región del oro y del bedelio y del ónix, y la denomina Hevila, donde habitó Ismael, despedido de Abraham, y que se extendía hasta el Sur, fronterizo a Egipto. (Gen. 25, 17.) Los tres caracteres señalados por Moisés coinciden con los descritos por el autor del artículo «Arabia», en el diccionario Espasa. «A excepción de Median, que ya fué famoso en la antigüedad por sus ricos filones de oro, la Arabia es pobre en minerales útiles, siendo únicamente digna de mención la presencia de ágatas, jaspes y cornalinas, así como de turquesas entre las piedras de la península del Sinaí... En la región oriental de Mascate se ve una mezcla de tipos vegetales africanos e indios, balsamero, mirra (*Balsamodendron myrrha*), el árbol del incienso (*Boswellia serrata*), etc.»

El segundo río debe ser el Karun, que, regando la baja Mesopotamia, donde vivió Cus, se extiende por Persia por la región de la antigua Sumeria y se pierde (o nace) en las montañas de Asmari Kuh. Probable es que afluyente suyo fuera el Kerkha, que hoy se dobla y desemboca en el Chat el Arab independientemente.

El tercer y cuarto río son los conocidos Tigris y Eufrates, con la circunstancia de que su confluencia es relativamente moderna, pues en el siglo VII antes de Jesucristo, en los días de Asurbanipal, seguían ambos ríos curso propio hasta desembocar en el golfo (Morgan, pág. 124).

La situación geográfica, por tanto, del Paraíso terrenal está determinada con los mismos datos del Génesis.

El clima de esa región del golfo lo describe Morgan y es muy apropiado para las circunstancias de que se habla en la descripción del Edén y para la vida de Adán en el Paraíso. Caluroso en extremo en los meses de verano, mayo a septiembre, sin una gota de lluvia en todo ese tiempo, es delicioso en los meses de noviembre y diciembre, y lluvioso en el mes de marzo y primera quincena de abril. Donde no hay agua, toda la vegetación se agosta; mas donde abunda el riego, florecen en perpetua primavera los árboles de todas clases; allí el naranjo, el limón, el granado, siempre en flor, entrecruzan sus ramajes, y los jardines son verdaderos paraísos terrenales. (*Véritables paradis terrestres*, Morgan, pág. 307.) Las fuentes que nacen en los collados de la isla de Bahrein, por ejemplo, dejan correr sus limpias aguas por las laderas y a su paso fertilizan todas las huertas, convirtiendo la isla en región privilegiada.

Por otra parte, tales hundimientos, aun cuaternarios como en el Báltico en el tiempo posglacial del Ancyrus, son fenómenos corrientes y ordinarios en la Geología.

Y basta lo dicho para una nota.